



“Nos sentimos herederos y transmisores del carisma de Marcelino” (PVMCH,2)

IDENTIFICACIÓN

Los laicos maristas somos cristianos y cristianas que hemos escuchado en nuestra vida la llamada de Dios a vivir el carisma de Champagnat y, desde el estado de vida laical, respondemos a ella. La iniciativa de nuestra vocación viene de Dios. El nos ama y quiere nuestra plenitud, por eso nos invita a cada uno a recorrer un camino único. Es una llamada personal a una forma específica de ser discípulo de Jesús. (EMM 12-13).

Itinerario personal

1. ORIGEN E INSPIRACIÓN DEL MOVIMIENTO CHAMPAGNAT

(PVMCH 1-5)

Lea el texto, y subraye, medite, interprete.

VOCACION LAICAL

La vida laical nace, como toda vocación cristiana, de la respuesta personal al encuentro con el Dios de Jesús, que nos ama infinitamente. Es fruto del bautismo que nos envía a la única misión cristiana: hacer presente el Reino de Dios en este mundo.

La vida laical tiene a la Iglesia como casa común y escuela de comunión, lugar donde se comparte la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora.

El Espíritu Santo sigue haciéndose hoy presente en la Iglesia y en nuestra familia carismática. La vocación laical marista es una realidad entre nosotros. Esta vocación es una forma específica de ser discípulos de Jesús al estilo de María, siguiendo la intuición de Marcelino Champagnat. El Movimiento Champagnat de la Familia Marista es un espacio privilegiado para el desarrollo de esta vocación laical.

MARCELINO CHAMPAGNAT Y LOS HERMANOS

Marcelino Champagnat tuvo la experiencia personal de sentirse inmensamente amado por Jesús y María. Esta experiencia se convierte en fuente de su espiritualidad y celo apostólico, haciéndole sensible a las necesidades de su tiempo.

Como hombre práctico que era, el contacto con un joven moribundo que no sabía nada de Dios, le movió a plantearse cómo infundir en el corazón de los niños y de los jóvenes el sentimiento de que Dios los ama. Con frecuencia decía: “No puedo ver a un niño sin que me asalte el deseo de enseñarle el catecismo y decirle cuánto lo ama Jesucristo.”

Con este espíritu fundó en la Valla, el 2 de enero de 1817, el Instituto de los Hermanitos de María, para educar cristianamente a los niños y a los jóvenes, en especial a los más desatendidos. El Instituto, bendecido por el Espíritu, se ha extendido por el mundo.

En 1863 la Iglesia aprobó la nueva congregación como un Instituto autónomo de Derecho Pontificio. Respetando el nombre de origen, le dio el título de Hermanos Maristas de la Enseñanza (Fratres Maristae a Scholis, FMS). Y propuso a Marcelino Champagnat como modelo de seguimiento a Jesús al proclamar su santidad en 1999.

Desde el inicio, los primeros maristas sueñan la Sociedad de María como un gran árbol con diferentes ramas: sacerdotes, hermanos, religiosas y laicos. El proyecto no obtuvo el reconocimiento eclesiástico. Pero sus orígenes nos recuerdan que religiosos y laicos estamos llamados a ofrecer el rostro mariano de la Iglesia.

Hermanos y laicos nos sentimos hoy herederos y transmisores del carisma de Marcelino. Este carisma, recibido originariamente por los hermanos, es vivido hoy también por los laicos, que lo enriquecen con nuevos matices.

ORIGEN DEL MCFM

En 1985, el XVIII Capítulo general de los Hermanos Maristas, tomando conciencia de la riqueza de compartir el carisma marista con los laicos, promueve el *Movimiento Champagnat de la Familia Marista*.

En las Constituciones de los hermanos, art. 164.4, se describe su identidad: “El Movimiento Champagnat de la Familia Marista, una prolongación de nuestro Instituto, es un movimiento formado por personas que quieren compartir con mayor plenitud la espiritualidad y el sentido de la misión heredados de Marcelino Champagnat. Los miembros de este movimiento - afiliados, jóvenes, padres, colaboradores, antiguos alumnos, amigos - asimilan el espíritu del Fundador para poder vivirlo e irradiarlo. El Instituto anima y coordina, mediante estructuras apropiadas, las actividades del movimiento”.

El Superior general del Instituto Marista, en coordinación con las estructuras de animación del Movimiento, garantiza que éste permanezca fiel al espíritu de Champagnat.

LA FRATERNIDAD

La unidad fundamental del Movimiento Champagnat es la “fraternidad”. La fraternidad es una pequeña comunidad, cuyos miembros se reúnen con regularidad, compartiendo fe y vida en un ambiente de familia, cultivando la vocación marista y creciendo en experiencia de Dios y compromiso con el mundo.

La vida de la fraternidad es responsabilidad de cada uno de los que la forman. Sus miembros están abiertos a invitar y acoger a quienes desean incorporarse al Movimiento.

Respetando el protagonismo laical, la participación de los hermanos en las fraternidades es una gran riqueza. Su presencia como compañeros de camino es la imagen entrañable de un estilo mariano de acompañar la vida fraterna.

El conjunto de las fraternidades conforma el Movimiento Champagnat de la Familia Marista del Instituto.

MIEMBROS

El Movimiento está abierto a toda persona que se ha encontrado con Dios, ha sentido su amor y quiere dar respuesta a ese encuentro desde el carisma de Champagnat.

Un grupo forma parte del Movimiento Champagnat de la Familia Marista cuando, después de un proceso comunitario, solicita ser fraternidad. Una fraternidad se puede enriquecer con nuevos miembros que, tras un tiempo de discernimiento, piden formalmente ser admitidos en ella.

2. EJERCICIO DE INTERIORIZACIÓN

- ❖ ¿Quiénes son las **personas** que le han ayudado a hacer realidad el sueño de su vida y le han animado a vivirlo? ¿De qué manera concreta lo hicieron?

- ❖ ¿Qué **acontecimientos** de su vida le han hecho sentir la presencia de un proyecto de Dios sobre Usted? El Señor trazó un itinerario en su vida, ¿qué señales de ruta le han ido ayudando a seguir ese camino?

- ❖ Recuerda lo que le motivó internamente para solicitar **forma parte de una fraternidad**. Escríbalo.

- ❖ “**Herederos y transmisores** del carisma marista”: ¿Qué significado tiene para usted?

3. TEXTOS COMPLEMENTARIOS

A. SAN MARCELINO CHAMPGNAT, NUESTRA INSPIRACIÓN PARA SEGUIR A JESÚS

En torno a la misma mesa

30. Marcelino es nuestra inspiración para seguir a Jesús. En él encontramos un modelo de vida cristiana que nos conmueve, nos seduce, nos impulsa cada día a superarnos en el seguimiento del único Maestro.
31. La mesa de La Valla y la casa de L'Hermitage son símbolos que encarnan el don de Dios que nos transmite Marcelino, y siguen siendo para nosotros fuente de inspiración para recrear el carisma marista en nuestros días. Compartiendo el pan y construyendo una casa, sentimos que Marcelino nos invita hoy, también a nosotros, a ser comunidad para la misión.
32. Champagnat, que se inició en el sacerdocio con dificultades en los estudios, que vivió toda su vida en aldeas, que se desgastó hasta la muerte para que los niños y jóvenes experimentaran el amor de Dios, es hoy un ejemplo que no sólo inspira a la familia marista. La Iglesia, al proclamarle santo, lo ha declarado modelo para todos los cristianos.
33. La Iglesia reconoce que la intuición de san Marcelino sigue viva hoy en nosotros y es un regalo de Dios para el mundo. La misión marista está llamada a multiplicarse hasta que, en todas las diócesis del mundo, los niños y jóvenes saboreen la ternura de Dios. Los laicos maristas creemos que Dios nos llama a prolongar en la historia esta intuición, como seguidores de Cristo al estilo de Champagnat.

B. SAN MARCELINO CHAMPAGNAT. VIDA Y MISIÓN

H. Seán Sammon

Orígenes de la Congregación. El primer discípulo

Juan María aceptó la invitación del coadjutor el 28 de octubre de 1816. Estaba deseoso de dedicarse plenamente a la tarea. Ése fue el primer paso de la fundación de los Hermanitos de María. El siguiente paso vendría enseguida.

Había una casita en venta, cerca de la casa cural. Marcelino quería comprarla, pero el párroco Rebod se oponía a la mudanza. Sin embargo, Marcelino consiguió un préstamo de Juan Claudio Courveille por valor de la mitad del precio de la venta. Courveille era a la sazón coadjutor de la cercana población de Rive-de-Gier, y con este préstamo dejaba clara la diferencia entre las fundaciones de ambos. Marcelino firmó un contrato provisional con Juan Bautista Bonner, el propietario, y se dedicó a acondicionar la vieja casa. Hizo también dos camas de madera y una pequeña mesa de comedor. Si ya estos comienzos llenaban de ilusión al joven fundador, un acontecimiento mucho más prometedor se añadió pronto: otra nueva vocación.



La comunidad empieza a crecer

Juan Bautista Audras, el futuro hermano Luís, no tenía aún los quince años de edad cuando pidió ingresar en los hermanos de la Salle de Saint Chamond. Viendo que todavía era muy joven, le aconsejaron que siguiera madurando la vocación con su confesor. La providencia quiso que dicho confesor no fuera otro que el coadjutor de La Valla. El muchacho manifestó a Marcelino su decisión de consagrarse al Señor. El sacerdote habló con él, se entrevistó con sus padres, y después de reflexionar serenamente en la oración sobre ello, invitó al joven Audras a unirse a Granjon.

Dos meses después los arreglos de la casa estaban terminados. Aquellos primeros discípulos se fueron a vivir allí el día 2 de enero de 1817. Desde entonces y hasta hoy, la casita de Bonner ha sido considerada entre los hermanos Maristas como la “cuna” del Instituto, y el día 2 de enero de 1817, como la fecha fundacional de los Hermanitos de María. Sus miembros habían de abrazar una espiritualidad caracterizada por la experiencia de la presencia de Dios, la confianza en la protección de la Virgen María y la práctica de las “pequeñas” virtudes de humildad y sencillez.

A partir de entonces Granjon y Audras compartieron la vida en la casa. Marcelino les enseñaba a leer y les formaba en las habilidades que tendrían que mostrar para educar a los niños. También les fue formando en la oración les enseñó a fabricar clavos para colaborar, con su venta, en el sostenimiento de la comunidad.

Los dos jóvenes aspirantes asistían al coadjutor en las tareas pastorales. Visitaban y ayudaban a los ancianos de los caseríos, recogían leña para los necesitados y les llevaban comida con regularidad.

El fundador forma a sus hermanos

Marcelino encargó a Claudio Maisonneuve, un exhermano de La Salle, la instrucción pedagógica de sus discípulos para que se iniciasen en la teoría y la práctica de la docencia. Pero Marcelino se reservó para sí la tarea de la formación religiosa y la preparación de base. Era un catequista consumado y también les ayudaba a avanzar en los conocimientos generales.

No tardó en aparecer por allí alguien que luego se convertiría en la tercera vocación de los Hermanitos de María de una manera inusual. Se trataba de Juan Claudio Audras que llegó a La Valla con un encargo concreto de sus padres: reclamar a su hermano Juan Bautista y llevárselo a casa. Pero éste no tenía ningún deseo de volver con su familia y rogó insistentemente a Marcelino: “Mi hermano ha venido para llevarme a casa, pero yo no quiero ir. Por favor, diga a mis padres que me dejen tranquilo”.



Mientras trataba de calmar al muchacho, Marcelino estuvo dialogando con Juan Claudio, y acabó convenciéndole de que también él tenía cualidades para llegar a ser un buen religioso. De tal manera que, en lugar de llevar a cabo el recado que sus padres le habían dado, el mozo decidió quedarse a vivir con su hermano pequeño y con Granjon. Y parece que no hubo desacuerdo por parte de la familia ya que Juan Claudio se convirtió en el tercer miembro de la comunidad desde diciembre de 1817. Posteriormente tomaría el

nombre de hermano Lorenzo. En el transcurso de los seis meses siguientes aparecieron tres nuevos candidatos, entre ellos Gabriel Rivat, conocido después como el hermano Francisco, que sería veinte años más tarde el sucesor de Marcelino Champagnat en calidad de superior de los hermanos. Para junio de 1818, eran ya seis los jóvenes que vivían en la que fuera casa Bonner de La Valla.

Comienzo del apostolado

En aquella época la escolaridad en Francia se limitaba a los meses de invierno, debido a que cuando llegaba el buen tiempo todos los brazos eran necesarios en casa para las labores de la granja. Por eso mismo, en mayo de 1818, habiendo concluido su trabajo por los caseríos, Maisonneuve pudo volver a La Valla para el período de verano. Se puso en marcha una pequeña escuela mixta en la casa de los hermanos, bajo su dirección. Ellos aprendían observando cómo hacía el maestro y ayudándole en la medida de sus posibilidades.

Cuando Maisonneuve marchó definitivamente, Marcelino mantuvo la escuela y nombró director a Juan María Granjon, primer miembro del Instituto. Juan María se entregó plenamente a la tarea que se le había encomendado entre aquellos niños, muchos de los cuales eran huérfanos y abandonados.

Con el paso de los días se iba haciendo cada vez más notorio el buen hacer de los hermanos en las clases y por los caseríos. El cura Alliot, el que había bautizado a Marcelino, le pidió que abriera una escuela en Marlhes. A fines de 1818 dos hermanos acudieron allá con esa misión.

La vida comunitaria toma forma

La vida comunitaria se desarrollaba al mismo tiempo que lo hacía la escuela de La Valla. A instancias de Marcelino los hermanos eligieron un superior, recayendo esa función en Juan María Granjon, que era el mayor de entre ellos. Se elaboró un reglamento diario, que comenzaba a las cinco de la mañana. A esa hora se levantaban para tener juntos un rato de oración. Ellos mismos se preparaban la comida, siguiendo riguroso turno uno por uno. De todos modos, es probable que los jóvenes discípulos de Marcelino no llegaran jamás a las altas cumbres del arte culinario, ya que la dieta se circunscribía a un ciclo bastante repetido de sopa, legumbres y queso.

Un buen día, el coadjutor también se mudó de la casa parroquial para irse a vivir con sus hermanos. Este paso constituye otro momento decisivo en el itinerario espiritual de Marcelino. Con la mirada de la fe podemos entrever que el sacerdote no dudaba, una vez más, en abrazar la misión a la que Dios le llamaba

Aunque el párroco Rebod le dio permiso para efectuar el cambio, no dejó de advertirle que se iba a cansar pronto de vivir en aquellas condiciones de pobreza. A los hermanos les llenó de alegría ver entre ellos al fundador, trabajando y rezando con ellos, compartiendo el mismo alimento, organizando las cosas y ayudándoles en su formación pedagógica. No sabemos si el espíritu de igualdad y fraternidad había hundido sus raíces en la Francia del siglo XIX, pero lo cierto es que sí que estaba entretejiendo ya la hermosa tapicería que constituiría, con el tiempo, el distintivo y característica del estilo de vida de los Hermanitos de María.

Antes de seguir adelante, añadamos unas palabras sobre el párroco Rebod. A pesar de que el hombre fue, a menudo, una verdadera cruz para su coadjutor, tenemos que inspirarnos

en los sentimientos de compasión de Marcelino para juzgarle. Está claro que Rebod era un espíritu desasosegado e infeliz. Abusaba del alcohol. En otra época habría obtenido ayuda más especializada para su problema. Incluso podría haber dado otro rumbo a su vida. No sabemos en cuántas almas tuvo una influencia positiva. Tuvo que haberlas. Para Marcelino, en cambio, fue con frecuencia una fuente de tensión. Pero el joven coadjutor nos ha dejado el ejemplo de haber sabido responder al antagonismo de Rebod con paciencia y comprensión.

El problema del dinero

Aunque Marcelino era un cuidadoso administrador de los bienes, el dinero vino a ser un problema permanente para la pequeña comunidad. El trabajo manual, característico entre los hermanos, contribuía a recortar los gastos. Los ingresos obtenidos con la manufactura de clavos, el modesto sueldo de cura de Marcelino y las donaciones de algunos parroquianos, ayudaban a la comunidad a mantener la cabeza financiera fuera del agua.

El fundador enviaba a sus discípulos, cuando estimaba que estaban ya preparados, a los poblamientos rurales cercanos y a las localidades de La Valla y Marlhes. Los Hermanos acudían llenos de fervor, afecto fraternal y celo apostólico.

Todo eso iban a necesitar en los tiempos que se avecinaban. Más allá de las montañas que rodean La Valla, en la sede episcopal de Lyon, se estaba fraguando la adversidad para la joven comunidad. En medio de todas las intrigas había un hombre, el mismo vicario general que tanto interés había mostrado en los planes de Juan Claudio Courveille y su idea de establecer una nueva congregación religiosa. Estamos hablando de Juan Claudio Bochard.

